SARMIENTO FRENTE A LA GENERACION DE 1837

POR

WILLIAM KATRA

University of Wisconsin, La Crosse

I. EL ACTIVISMO SOCIAL

En los primeros meses de 1838, Sarmiento, un ambicioso joven provinciano de veintisiete años, escribió dos cartas a Juan Bautista Alberdi, pidiendo consejos y crítica acerca de su primera —y la que resultó también su última— composición poética, que llevaba el título «Canto a Zonda»¹. La fama de Alberdi, sólo dos años mayor que Sarmiento, ya se había extendido a través de las provincias. Era conocido quizás como el más apto entre los integrantes jóvenes del recién creado Salón Literario, en la distante ciudad de Buenos Aires, quienes se dedicaban al mejoramiento de las costumbres e instituciones sociopolíticas de la patria. Alberdi gozaba de cierta fama de poeta debido a la difusión de su rimada composición costumbrista *Memoria descriptiva sobre Tucumán* (1834), en la cual son retratados los paisajes y las costumbres de su provincia natal. También es posible que Sarmiento lo conociera como pensador filosófico, por su *Fragmento preliminar del estudio del Derecho* (1837), y como escritor satírico, por sus artículos costumbristas publicados bajo el

¹ En los papeles de Sarmiento no sobrevive ningún borrador de este poema ni evidencia de este intercambio de cartas. Según Ricardo Rojas, *El profeta de la pampa, vida de Sarmiento* (Buenos Aires: Losada, 1945), pp. 111-113, las dos cartas escritas por Sarmiento a Alberdi se conservan en el archivo de éste, pero no se ha preservado ninguna de las cartas escritas por Alberdi. En Juan Bautista Alberdi, *Escritos póstumos de J. B. Alberdi* (Buenos Aires: Imprenta Europea, 1895-1901), vol. XV, p. 215, está reproducida la primera carta firmada por García Román, con la fecha del 1 de enero de 1838. Alberdi respondió el 14 de abril. Una reproducción de la segunda carta de Sarmiento, que lleva la fecha del 6 de julio, se encuentra en Domingo Faustino Sarmiento, *Sarmiento: cartas y discursos políticos* (Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1965), vol. III, p. 4.

seudónimo de «Figarillo» en los últimos meses de 1837 en *La Moda*, un periódico semanal de Buenos Aires. Estas cartas evidencian una de las pocas veces en las que Sarmiento se humilló ante una autoridad mayor reconocida. Esto explica, en parte, la razón por la que tímidamente firmó la primera carta con el seudónimo «García Román»; pero en la segunda carta, orgullosamente firmada con su propio nombre, hay una indicación temprana de la pujante confianza que adquirió de hombre maduro:

Cuando como yo, no ha podido un joven recibir una educación regular y sistemada, cuando se han bebido ciertas doctrinas a que uno se adhiere por creerlas incontestables, cuando se ha tenido desde muy temprano el penoso trabajo de discernir, de escoger por decirlo así, los principios que debían formar su educación, se adquiere una especie de independencia, de insubordinación que hace que no respetemos mucho lo que la preocupación y el tiempo han sancionado, y este libertinaje literario que en mí existe me ha hecho abrazar con ardor las ideas que se apuntaron en algunos discursos del Salón Literario de esa capital².

¿Cuál fue el motivo que guió a Sarmiento a elegir a Alberdi para relevarse como portador de una cultura atrasada y abrirse para una posiblemente franca y negativa crítica en este humilde acto de contrición? Pudo haber elegido a Juan María Gutiérrez, cuyo discurso inaugural ante el Salón Literario le habría impactado favorablemente³. Pero seguramente el espíritu sereno y académico del futuro historiador de las letras nacionales tenía poca atracción para el dionisiaco y apasionado joven sanjuanino. También pudo haber elegido a Esteban Echeverría, seis años mayor, quien ya era reconocido no sólo como primero entre los jóvenes poetas del país, sino también como portador de las novísimas ideas literarias de Europa. Pero es posible que la reputación de Echeverría como militante cultural y político todavía no había alcanzado a Sarmiento, puesto que las dos lecturas comprometidas que aquel pronunció ante el Salón de los últimos meses de 1837 quedaron inéditas hasta 1873.

² Rojas, *Profeta*, p. 114.

³ Juan María Gutiérrez, «Fisonomía del saber español: cual deba ser entre nosotros», en *La literatura de mayo y otras páginas críticas*, prólogo de Beatriz Sarlo (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1979), pp. 7-18. Según Paul Verdevoye, *Domingo Faustino Sarmiento: éducateur et publiciste (entre 1839 et 1852)* (Paris: Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, 1963), p. 17, Sarmiento declaró, en julio de 1838, que él había leído los discursos conmemorando la inauguración del Salón, que eran las palabras de Gutiérrez, además de las disertaciones de Marcos Sastre y Juan B. Alberdi. Véase Marcos Sastre y cols., *El Salón Literario* (Buenos Aires: Hachette, 1958); para una copia de estos discursos, además del importante «Estudio preliminar» de Félix Weinberg, pp. 9-101.

Sin duda, Sarmiento, al elegir a su futuro mentor, se identificaba con Alberdi al conocer el origen similar de éste en el interior del país. Sarmiento, nativo de la provincia de San Juan, todavía no conocía Buenos Aires. Había visitado una vez la ciudad de Córdoba y también había tenido ocasión de visitar las otras provincias andinas, además de varias ciudades en el vecino país de Chile. Pero no había tenido ocasión de emprender el largo viaje por tierra a la capital del país, que hubiera tomado un mínimo de diez días para llegar, viajando a caballo (los productos agropecuarios de San Juan —vinos y frutas secas—, llevadas en carros tirados por bueyes, demoraban más de tres meses en llegar). Podía sentir profundamente este distanciamiento en su formación cultural e intelectual: ser de las provincias, ayer como hoy, quiere decir asumir una estación inferior ante los símbolos del progreso. Alberdi, para él, representaba la exitosa lucha para levantarse por encima del sórdido atraso provincial y para llegar a fraternizar como igual con los espíritus más progresistas de la capital porteña. En pocos años, la trayectoria de Alberdi sería también la suya: desde la provincia hasta la costa y la capital. Y, como Alberdi, él ambicionaba familiarizarse con el fruto de las más prestigiosas inteligencias que emanaban de Europa. Uno de sus biógrafos más astutos ha observado acerca del carácter de Sarmiento: «el mar le atraía siempre»⁴.

Es en ese momento preciso de su formación cuando Sarmiento estaba a punto de emerger como protagonista en la vida pública de su provincia. Alberdi representaba para él un *alter ego*, cuya brillante carrera de estudios contrastaba con la que había sido hasta entonces su propia vida de privaciones y oportunidades perdidas. Sarmiento contará en *Recuerdos de provincia* (1852) acerca de las lágrimas derramadas por él y sus familiares, en 1823, al saber que ciertos oficiales locales le negaron la anhelada beca del Gobierno central, que le hubiera posibilitado el ingreso en el flamante Colegio de Ciencias Morales de Buenos Aires —y posiblemente una carrera profesional en la recién fundada Universidad de Buenos Aires—. Luego aparecerá en varios escritos autobiográficos el lamento por no haber tenido «una educación regular y sistemada». A través de su turbulenta juventud, una constante preocupación, tanto para Sarmiento como para sus familiares, eran las pocas —si no nulas— posibilidades profesionales en la aislada región andina para un joven apasionado de la lectura y las lenguas extranjeras. El joven Alberdi, en 1838, representaba

⁴ Carlos d'Amico, *Buenos Aires: sus hombres, su política (1860-1890)* (Buenos Aires: Americana, 1952), p. 17.

entonces, para Sarmiento, el cumplimiento y realización de un viejo sueño personal.

Sarmiento, deficientemente autodidacta, seguramente envidiaba a Alberdi y a los demás jóvenes del recién fundado Salón Literario —organización precursora de la Joven Argentina, luego llamada la Asociación de Mayo—, cuya temprana obra ya prometía un enriquecimiento de la vida cultural de Buenos Aires y del país. Ellos, en la ciudad frente al mar, tenían acceso a las ideas europeas más adelantadas y novedosas en las ciencias y en la filosofía social. Estaban ahora dispuestos a utilizarlas para cumplir con su sentida misión generacional, la de llevar a las instituciones públicas y la cultura las promesas que la generación anterior sólo había logrado imponer en el campo político. En las palabras de Alberdi, «Nuestros padres nos dieron una independencia material; a nosotros nos toca la conquista de una forma de civilización propia, la conquista del genio americano; dar a la obra material de nuestros padres una base inteligente»⁵. El «Canto a Zonda» fue una muestra de la misión compartida que Sarmiento también abrazaba. Era su pobre intento de plasmar esas ideas enunciadas por los fundadores del Salón Literario; era un intento de ganar la aprobación de ellos al hacerse su humilde discípulo.

Lo que parece, a primera vista, en las palabras de Sarmiento, como la confesión de una inseguridad acerca del valor de su propia formación intelectual, es, a fin de cuentas, una tenue declaración de independencia intelectual. En los discursos de Gutiérrez y Alberdi, cuando se inaugura el Salón Literario, él pudo confirmar lo que antes había sido sólo una fuerte intuición: la cultura intelectual del país, que había cambiado poco desde la época colonial, apenas servía para el proyecto de reconstrucción institucional que ahora les esperaba a los jóvenes del país. Hacía pocos años que Sarmiento empezaba a darse cuenta del rico caudal de ideas útiles que ofrecían los nuevos escritores y filósofos europeos. Ahora, en el mismo período de este intercambio de cartas con Alberdi, encontraba nuevos modelos de erudición y sabiduría en los libros de Lerminier, Tocqueville, Villemain, Schlegel, Jouffroy, Guizot, Cousin y Lerroux, que hacía poco Manuel Quiroga Rosas había traído de Buenos Aires. Menciona en la segunda carta a Alberdi que ya había perdido respeto por muchas, si no la mayoría, de las doctrinas que él había aprendido en su niñez. Esas ideas y tradiciones, «sancionadas» por el tiempo, constituían no sólo su propia formación juvenil, sino también la cultura intelectual

⁵ Juan Bautista Alberdi, *Obras completas* (Buenos Aires: La Tribuna Nacional, 1886), vol. I, pp. 113, 264.

de su provincia. Ahora estaba convencido de que la mayor parte de las lecciones que, adolescente, él había aprendido de sus familiares y de los libros encontrados en las escasas bibliotecas de la región de Cuyo, valían poco ante el diluvio de información que los nuevos profetas del progreso ofrecían al mundo, y especialmente a esas partes del mundo que se arriesgaban a abrirse a una transformación progresista. Las palabras de su carta a Alberdi anticipan, pues, un tema que desarrollaría con más detalle en *Recuerdos de provincia*: que su propia formación intelectual representaba, en escala menor, el mismo proceso de maduración cultural que experimentaba el país entero. Su afán por denigrar ambos, su propio pasado y el más reciente capítulo en la historia de su nación, se complementaban con el exagerado optimismo que ahora sentía acerca del posible impacto de las nuevas ideas.

Es de notar el leve tono apocalíptico en estas palabras escritas a Alberdi, un tono que también asumirá luego una dimensión mayor en sus escritos posteriores. Se declaraba «independiente» e «insubordinado» y con poco respeto ante las influencias caducas de su contorno provinciano. A la vez, se humillaba ante los portadores de las nuevas ideas, que prometían un despliegue hacia un modo diferente de vivir. La crisis en su propia vida estaba fuertemente vinculada con una crisis de dimensión social. Las cartas a Alberdi eran un anuncio de la apertura personal de Sarmiento, quien ahora buscaba nuevas direcciones para expandir sus energías. Es probable que la discreta contestación de Alberdi no le haya satisfecho del todo. Alberdi, sencillamente, aconsejaba a Sarmiento que dejara de lado la poesía para promover, por otras vías, la «gloriosa tarea» de «dar una marcha peculiar y nacional a nuestra literatura»⁶. No sucedió que Sarmiento estuviera en desacuerdo con este modesto consejo literario; los integrantes de su grupo en San Juan, quienes estaban ahora en contacto clandestino con los ambiciosos jóvenes de la capital, ya estaban convencidos de la necesidad de trabajar para la transformación de todas las instituciones del país.

Mucho se ha escrito sobre el supuesto antiespañolismo de los miembros más prominentes del Salón Literario, y aquí nos toca clarificar brevemente la posición de Sarmiento en relación con esto. Un tema constante en los primeros discursos y escritos de casi todos los integrantes del 1837 es la apasionada oposición que sentía hacia Juan Manuel de Rosas y todos

⁶ Las palabras de Sarmiento en su segunda carta, y el hecho de que nunca más intentó escribir poesía, sugieren que Alberdi, al contestar la carta firmada por «García Román», criticó el esfuerzo del poeta en ciernes y aconsejó que se dedicara a otras labores literarias, y no poéticas.

los grupos e instituciones que lo apoyaban. En general, ellos creían que la misión histórica de Rosas era la «restauración» de las instituciones de la colonia y la destrucción de todos los indicios de modernización liberal que el país había logrado en los años subsiguientes a la Revolución de Mayo. Sería fácil criticar aspectos de esa compartida visión histórica, que vinculaba tan estrechamente el régimen rosista con el período feudal, colonial y español. Aquí lo que más importa es la perspectiva apocalíptica, que condenaba toda la herencia del pasado, para construir una sociedad completamente nueva.

Considerado así, no cabe duda de que Sarmiento fue el más fiel, y en cierta forma más radical, defensor del llamado antiespañolismo de la Generación de 1837. Hay que recordar que la temprana exhortación de Marcos Sastre de que se superara la costumbre de plagiar las ideas españolas se transformó, en pocos meses, en apoyo para el régimen de Rosas. También vale recordar que los estridentes gritos de Alberdi (en *Fragmento preliminar*) en contra del tradicionalismo español («A la España debemos cadenas, a la Francia libertades») ⁷, se callarán después de la caída de Rosas en 1852, ante la necesidad de construir «la democracia posible» sobre las existentes bases sociales que habían sobrevivido de la colonia española. Las deliberadas palabras de Félix Weinberg sobre el supuesto antiespañolismo de la Generación de 1837 tiene relevancia general, pero no representa fielmente la posición de Sarmiento ⁸: «Que se luchó contra el colonialismo español no cabe duda alguna, pero esa guerra, en su fondo

⁷ Alberdi, *Obras*, I, p. 131.

⁸ Sería un error simplificar la contradictoria visión revolucionaria de Sarmiento y, por ende, sus ideas acerca de la contribución de la colonia española. Por una parte, abogaba por el violento rompimiento con el pasado, que surgía de su rotunda condena por toda influencia que sobreviviera de la época colonial. Por otra, sin embargo, existe un lado «conservador» de su pensamiento joven. En breve, se lee en el *Facundo* (VII, pp. 62-65) cómo ambicionaba una transformación social que haría posible una vuelta al pasado y un reestablecimiento de las altas pautas socioeconómicas y culturales que en su niñez gozaba la región de Cuyo. Este argumento está elaborado en William H. Katra, *Domingo F. Sarmiento: Public Writer (Between 1839 and 1852)* (Tempe: Center for Latin American Studies, Arizona State University, 1985), pp. 17-18. En relación con este argumento, es necesario recordar la sagaz observación de Noël Salomon en «El *Facundo*: manifiesto de la preburguesía argentina en las ciudades del interior», en *Cuadernos Americanos*, 39 (1980), pp. 121-171 (reeditado en *Realidad, ideología y literatura en el «Facundo» de D. F. Sarmiento* [Amsterdam: Rodopí, 1984], pp. 25-74), que la perspectiva de Sarmiento, por lo menos hasta 1845, era eminentemente «cuyana» en su enfoque. Quiere decir que la revolución que él ambicionaba para lo demás del país, que en gran parte todavía desconocía, era una proyección formada de su nostálgica perspectiva de la excepcional experiencia de su nativa región de Cuyo unas décadas antes.

sustancial, no pretendía tanto negar lo español, sino afirmar nuestra propia personalidad nacional, porque ya éramos dos cosas distintas. No era proceso de descastizamiento, sino de argentinización»⁹.

Sí, habrá que exceptuar a Sarmiento. Quizás sus posiciones más constructivas y más perjudiciales a través de una larga actuación pública se deban precisamente a ese odio visceral para lo que él identificaba (correctamente o no) con los vestigios del caduco sistema social y cultural que heredó la Argentina del régimen colonial español: el latifundismo, la economía dependiente, que «olía a bosta de caballo»; la falta de industrias, el sistema político autoritario, los caudillos, una población sin miramientos técnicos y educada en la inercia y el ocio, un pueblo criollo cuya herencia biológica inferior lo colocaba en la segunda fila de la humanidad. Esta lucha de Sarmiento, a diferencia de sus compañeros de generación, se podría definir como el proceso de descastizamiento para lograr la argentinización. En su caso, fue siempre intensa y contradictoria. Si esta lucha se definió originalmente a través del pensamiento de casi todos los otros integrantes jóvenes de la Generación de 1837, con el pasar de los años se volvió más y más solitaria.

Otra posición definida en los escritos de los militantes de 1837, de la cual Sarmiento, al pasar los años, se mostró el más fiel defensor, tiene que ver con el supuesto papel revolucionario del escritor y la escritura ante la sociedad. Esta visión «cultista» de casi todos los activistas de 1837 está bien expresada en la segunda carta que Sarmiento escribió a Alberdi, copiando, se supone, pasajes claves de una carta previa escrita por éste. En los meses anteriores al estallido de la dura represión rosista, Alberdi y Sarmiento pudieron afirmar que «la gloriosa tarea, ... indispensable, necesaria y posible» para la generación de comprometidos jóvenes era la de «dar una marcha peculiar y nacional a nuestra literatura...». Esta posición nos parecería desproporcionadamente pacífica, dada la severidad de la crisis que afectaba al país. Ya había pasado la época durante la cual Alberdi —en contraste con la beligerancia de Echeverría— trató de promover mejores relaciones entre la juventud estudiosa y el Gran Hombre que dominaba la vida pública de Buenos Aires. Es posible que Alberdi, en estas cartas, se autocensurara, porque sabía del enorme riesgo que corría si el régimen rosista, cada día más endurecido, descubriera en ellas cualquier incitación a la conspiración. Se formula esta suposición porque se sabe que, en agosto de 1838, pocas semanas después de contestar la segunda carta de Sarmiento, Alberdi abandonó apresuradamente Buenos Aires y se estableció en Montevideo, empezando así su larguísimo exilio.

⁹ Weinberg, «Estudio», p. 63.

A pesar de este posible intento de autocensura, la modesta actividad literaria que Alberdi recomendó a Sarmiento en la segunda carta tipifica la actuación social de la mayoría de los integrantes de la Generación de 1837. Recordemos la vocación poética y pedagógica de Echeverría y su disposición eminentemente pacifista; la orientación principalmente erudita de V. F. López y Gutiérrez; el permanente exilio de Albedi, quien prefería ejercitar su influencia sobre el país por medio de la pluma y a seis mil kilómetros de distancia.

Sólo es posible entender el entusiasmo por la labor cultural que los activistas de 1837 se propusieron si se toma en cuenta el contorno ideológico de su siglo. La distribución creciente de diarios, periódicos y libros lograba tener un impacto cada vez mayor sobre las ideas del elemento pensante, que controlaba el poder social y político de todas las sociedades del Occidente. Era algo común en círculos intelectuales (ideas expuestas también por Sarmiento —véanse I, p. 57; III, pp. 209-10, p. 251—) que las ideas diseminadas por la prensa ejercieran una preponderante influencia no sólo sobre la conducta de un individuo, sino también sobre el devenir de la sociedad. Hoy admitimos la leve influencia de las ideas, pero nos parecería una mixtificación (excepto en casos excepcionales) la sugerencia de que un intelectual pueda cambiar la faz de su sociedad por medio de la vocación periodística, pedagógica o histórica. Pero ésa fue la concepción inicial, y en varios casos también duradera, de los pensadores de 1837 acerca del quehacer militante. Las palabras escritas ese mismo año por Alberdi son representativas: los jóvenes intelectuales promovían una «revolución moral», que necesariamente tenía que venir antes de una revolución material; la misión de su generación era «el estudio y el desarrollo pacífico del espíritu americano»¹⁰. Echeverría repetiría más o menos las mismas ideas en 1846: «Considerábamos que el país no estaba maduro para una revolución material... Creíamos que sólo era útil una revolución moral que marcara un progreso en la regeneración de nuestra Patria»¹¹. En estas palabras reveladoras —con su enfoque esencialmente idealista— se define no sólo la dirección del profundo aporte cultural de los activistas de 1837, sino también la gran debilidad de su proyecto «revolucionario»: una actuación limitada únicamente a la órbita cultural muchas veces se vuelve conservadora porque no propone medios efectivos para lograr los objetivos propuestos.

¹⁰ Alberdi, *Obras*, I, pp. 120, 116 (de *Fragmento preliminar*).

¹¹ Esteban Echeverría, *Obras completas de Esteban Echeverría*, compilación y biografía de Juan María Gutiérrez (Buenos Aires: Antonio Zamora, 1972), p. 59 (de la *Ojeada retrospectiva*).

El desajuste entre los grandiosos objetivos sociales anhelados y los limitados medios de acción propuestos llegó a afectar profundamente a la mayoría de los activistas de 1837 en los años que siguieron a la caída de Rosas. Resumo aquí lo que en otro lugar explico como un conflicto entre dos perspectivas del liberalismo que predominaron en diferentes momentos de su actuación¹². Por una parte está la perspectiva cultural, o «utópica», de la Generación de 1837 (principalmente antes de 1852), esto es, el programa liberal más bien místico e idealista que resultaba de su mutua atracción por los valores de la Revolución de Mayo y por la promoción romántica (o, usando el término de entonces, *socialista*) de la vida municipal y la democracia orgánica. Este programa fue «utópico» porque los mismos activistas de 1837 llegaron a darse cuenta luego de que sólo con dificultad iban a poder aplicarlo a su realidad sociopolítica. En las palabras de Halperín Donghi, el primer programa social de la Generación de 1837 pecaba por su «extrema libertad ideológica»¹³.

Por otra parte está la perspectiva del liberalismo dependiente, que, en manos de líderes pragmáticos, se trataba de una adaptación de principios positivistas a las exigencias de la realidad sociopolítica, tal como existía. Uso la palabra «dependiente» en referencia al abandono del viejo objetivo de «regenerar» la sociedad según los valores de Mayo, en favor del nuevo objetivo de acomodarse a las ya existentes estructuras del poder, es decir, a la oligarquía ganadera de Buenos Aires, con fuertes vínculos con los intereses comerciales extranjeros. Después de 1852, los integrantes de la Generación de 1837 hicieron las paces con las *élites* ganaderas (Alberdi, colaborando con ellas en el interior; Mitre, Sarmiento, Tejedor y otros, al compartir su pan con la oligarquía bonaerense) y abandonaron progresivamente su previa apelación a la libertad en las esferas políticas e intelectuales; ahora apoyaban y justificaban un orden social jerárquico y la dominación política de los grupos privilegiados.

La dramática historia de cómo cada uno de los activistas de 1837 logró justificar esta abrupta transición o reconciliar los distintos objetivos sociales en los dos períodos de su actuación pública queda todavía por escribirse. El caso de Echeverría es intrigante. Entre 1837 y 1851 (el año de su muerte), el camino activista y conspirativo por el que había abogado elocuentemente en diversos momentos contrastaba con su disposición eminentemente pacifista. También nos parece paradójico que fuese él, «el poeta de la desesperación» en palabras de Sarmiento, quien

¹² Katra, *Sarmiento: Public Writer*, pp. 197-212.

¹³ Tulio Halperín Donghi, «El espejo de la historia», en *Contorno*, 9-10 (1959), pp. 76-81.

añadiese —de manera sintética— el enfoque socioeconómico a las reflexiones de sus colegas generacionales¹⁴. Es de notar que Sarmiento, por razones no muy claras, nunca reconoció públicamente —en ningún artículo periodístico ni libro— este enfoque realista en el pensamiento de Echeverría ni su proyección activista y militante¹⁵.

El ejemplo de Alberdi también ofrece material apropiado para especular. Había muchos datos que indicaban que su postura conservadora podía llegar a dominar, después de 1852, su pensamiento maduro. Las *Bases* fue su intento de colocar el autoritarismo al servicio del progreso. El gesto dramático de su exilio permanente se explica, en parte, a la luz de su renuncia al programa idealista, que anteriormente su grupo ambicionaba imponer sobre una realidad rebelde.

Quien vivió más intensamente este conflicto, que acompañó la maduración del proyecto generacional, fue Sarmiento. A través de su larga carrera pública, siguió fiel a la convicción juvenil acerca del papel central de la labor educacional o periodística para lograr la deseada transformación social sobre la base de los fines utópicos que sus compatriotas de 1837 habían defendido anteriormente. Con este aspecto de su carrera pública asociamos sus actividades y escritos para promocionar la educación (*De la educación popular*, 1849; *Educación común*, 1853); sus destacados escritos históricos, literarios y sociológicos, y sus incansables esfuerzos para mejorar la condición material y social de sus conciudadanos.

Pero la actuación pública de este hombre, siempre contradictorio, tuvo otras facetas: por ejemplo, sus impulsos violentos y su atracción hacia las beligerantes medidas de acción, que pocas veces vaciló en usar. Como después de la batalla de Caseros (1852), sus deseos de poner un fin sangriento al poder de los caudillos en el interior; una década después, sus recomendaciones a Mitre acerca de la necesidad de una guerra total en Corrientes; su complicidad en el brutal asesinato de «El Chacho» Peñalosa, y las duras intervenciones federales en La Rioja, Mendoza y Entre Ríos que instrumentó como presidente de la República. En síntesis, los valores de Sarmiento en cuanto a su vida pública estaban suspendidos en

¹⁴ Me refiero a los dos discursos que Echeverría presentó ante el Salón Literario a finales de 1837. Véase Sastre, *Salón Literario*, pp. 153-182.

¹⁵ Según Verdevoye, *Domingo Faustino Sarmiento*, p. 60, Sarmiento menciona el *Dogma* de Echeverría sólo dos veces a través de sus voluminosos escritos: en las páginas de *Viajes*, que tratan de su visita al poeta-militante en Montevideo (V, pp. 51-56), y una necrología muy breve al saber de la muerte de éste en 1851 (III, pp. 339-340). Sin embargo, se conservan cartas escritas por Sarmiento en las cuales reconoce el alto valor cívico de la contribución de Echeverría. Véase Esteban Echeverría, *Dogma socialista*, edición crítica y documentada, prólogo de Alberto Palcos (La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 1940), pp. 89, 201.

una permanente confusión entre el autoritarismo y la libertad, entre la fe democrática y la solidaridad oligárquica. Las instancias de su cólera odiosa se contraponen a las vastas e innegables contribuciones en el campo cultural que hizo como escritor, educador y hombre de Estado.

II. EL PROYECTO LITERARIO

Los gestos de Sarmiento se revelan como proféticos con sorprendente frecuencia. Cuando envió las dos cartas a Alberdi, Sarmiento carecía totalmente de experiencia como escritor. Sin embargo, en ellas se proyectaba como asociado y seguidor de los más destacados escritores jóvenes del país. Un resultado de este intercambio de cartas fue su convencimiento de que el destino de poeta no era el suyo. Pero ya había intuido que le esperaba alguna actividad relacionada con la escritura. Ese joven, que había pasado sus años adolescentes como tendero en una casa comercial, minero, soldado de milicia y residente de una provincia que contaba entre sus habitantes menos de 50 lectores¹⁶, ¿se proyectaba como escritor! Quizás ya estaba planeada la fundación de *El Zonda*, el primer periódico semanal publicado en la provincia de San Juan, que él pusiera en marcha en 1839 con Manuel Quiroga Rosas. Y tendría que esperar hasta 1841 y el principio de su largo período de exilio en Chile para experimentar su primer e indiscutido éxito como periodista y escritor público. Sólo entonces sentiría que el quehacer de escritor era su inequívoca vocación, esa que «tenía afinidad química» con su carácter y con los objetivos que él tenía para sí mismo en relación con la patria (III, p. 194)¹⁷.

Aquí es útil reconstruir brevemente la cronología de los primeros contactos entre Sarmiento y los jóvenes de 1837 en Buenos Aires. Meses antes de escribir las dos cartas a Alberdi, se supone que Sarmiento leyó los discursos que éste y Gutiérrez pronunciaron en la fundación del Salón Literario. En ese período también supo de la reciente creación de la Joven Argentina, y tuvo acceso al tesoro de nuevas lecturas que su amigo Manuel Quiroga Rosas había traído de la capital. Poco después, se supone, llegó a sus manos una copia del acta original de la Asociación de

¹⁶ Este fue el cálculo de Sarmiento y Quiroga Rosas, que se publicó en un artículo de *El Zonda*. Véase Rojas, *Profeta*, p. 138.

¹⁷ Domingo F. Sarmiento, *Obras completas* (Buenos Aires: Luz del Día, 1948-1952), vol. III, p. 194. Todas las citas subsiguientes por esta edición serán indicadas en el texto del ensayo con los números de volumen y página.

Mayo, que acompañaba las «Palabras simbólicas», escritas por Echeverría, con una mínima colaboración de Alberdi¹⁸.

Sarmiento se habría dado cuenta del enorme valor de estos documentos, porque están ampliamente citados en la tercera parte del *Facundo* (VII, pp. 219-20). También es claro que Sarmiento aprobaba la mayor parte de las opiniones expuestas por los otros militantes de 1837 acerca de la literatura y su papel en la sociedad. Estas ideas sobre el arte y la literatura se resumen en los siguientes puntos:

1. Las sociedades occidentales participaban en un proceso, guiado por la Providencia, que las llevaba cada vez más hacia la perfección de las instituciones sociales y las formas de vida de los seres humanos.

2. Las instituciones de una sociedad dada participaban en ese curso hacia el progreso en una forma total, es decir, que cualquier aspecto cultural reflejaba la etapa o el nivel de desarrollo que la sociedad en su totalidad había alcanzado. La gran hazaña del movimiento de Mayo fue lograr la independencia *política* o «material» de España para la Nación Argentina, pero todavía hacía falta ganar la independencia de la «inteligencia» del nuevo país. De acuerdo con las palabras de Alberdi: «Así, pues, si la emancipación inteligente es nuestra primera exigencia nacional, el primer paso a su conquista es un rompimiento enérgico con las tradiciones estacionarias del espíritu español»¹⁹.

3. Los jóvenes de 1837 vieron en el romanticismo literario un movimiento favorable que les ayudaría en la tarea de romper con la vieja y caduca cultura española, especialmente en el aspecto de ese movimiento que promovía la rebeldía frente a las normas viejas y establecidas. El clasicismo ya no les servía: «La literatura no será para nosotros Virgilio y Cicerón», escribió Alberdi²⁰. Sarmiento, a su vez, decía: «Nosotros, ansiosos de sacudir las cadenas políticas y literarias, nos pusimos prestamente a la cabeza de todo lo que se presentó marchando bajo la enseña del movimiento» (I, p. 248).

4. La actitud rebelde en el campo del pensamiento se tradujo en un movimiento por una literatura y una cultura nacional. Reconocían la necesidad de la «importación del pensamiento y de la literatura europea» (en las palabras de Gutiérrez), y especialmente las influencias francesas, inglesas y alemanas, pero sólo en la medida en que éstas les apoyaban en

¹⁸ El acta de fundación de la Asociación de Mayo fue publicado por primera vez en el tomo II del *Iniciador*, de Montevideo, a finales del año 1838.

¹⁹ Alberdi, *Obras*, I, p. 251 (*Fragmento preliminar*).

²⁰ Alberdi, *Obras*, I, p. 273 («Prospecto» de *La moda*).

su objetivo de «darnos una educación análoga y en armonía con nuestros hombres y con nuestras cosas»²¹.

5. Esta posición anti-clásica se manifestó también en el campo de la lengua. Según Gutiérrez, «no podemos aspirar a fijar su pureza y elegancia [de la lengua heredada de España] por razones que nacen del estado social que nos ha deparado la emancipación política de la antigua metrópoli»²². Esta misma línea de razonamiento será también utilizada por Sarmiento al defender una reforma de la ortografía española (IV, pp. 1-227; XI, pp. 362-400).

6. En una primera instancia, el romanticismo en el pensamiento y en la literatura había contribuido de forma positiva a los gloriosos movimientos de emancipación: la Revolución francesa y las luchas de independencia de los Estados hispanoamericanos. Sin embargo, una dosis demasiado grande de algo bueno hubo que tener repercusiones negativas. Esa fue la suerte del *Contrato social* de Rousseau —la obra romántica *par excellence* de la generación previa—, cuyas doctrinas extremas acerca de la democracia introdujeron un estado de libertinaje y desorden que ahora era necesario combatir.

7. Algunos de los activistas de 1837 repetían confusamente el dicho de Victor Hugo: que el romanticismo no era ni más ni menos que el liberalismo llevado a la literatura. Apoyaban el movimiento literario del romanticismo sólo a medias, pero se ofendían cuando otros les llamaban «románticos», un término que llevaba la connotación de una descabellada rebelión. Con más orgullo y confianza aceptaban la denominación de «liberales»: abrazaban las teorías del liberalismo clásico en su apoyo al libre comercio, pero el «liberalismo» de sus programas sociales y políticos evidenciaba un fuerte elitismo, que hubiera ofendido a Rousseau, el radical educador de Ginebra²³.

8. Al definir su propio programa literario y cultural, reconocían la diversidad de sus influencias. De acuerdo con Sarmiento, «el romanticismo, el eclecticismo, el socialismo, todos aquellos diversos sistemas de ideas tenían acalorados adeptos, y el estudio de las teorías sociales se hacía a la sombra del despotismo más hostil a todo desenvolvimiento de ideas» (VII, p. 218). En el nivel filosófico, la escuela «ecléctica» se aso-

²¹ Gutiérrez, «Fisonomía», p. 15.

²² Gutiérrez, «Fisonomía», p. 20.

²³ Salomon, «El *Facundo*», ofrece una detallada discusión sobre las ideas de Sarmiento acerca de la libertad y la igualdad. Véase Katra, *Sarmiento: Public Writer*, pp. 197-212 (capítulo que lleva el título «Sarmiento's Contradictory Voice in the Argentine Liberal Tradition»), para una discusión del pensamiento liberal de Sarmiento en un contexto histórico.

ciaba con la dimensión política de la «Restauración». El socialismo, movimiento precursor del positivismo, combinaba ideas de Saint-Simon, Fourier, Leroux, Lamennais y otros. El socialismo, que tiene poco que ver con el movimiento del mismo nombre en el siglo xx, promovía el desarrollo continuo del ser humano en todas las dimensiones de su existencia social.

9. Socialismo fue el término que generalmente usaban para hacer referencia a su bagaje de ideas diversas. Según esto, el arte y la literatura participaban, como otros discursos, del fin pragmático de promover el desarrollo del espíritu humano. Alberdi escribió: «Nosotros pensamos con convicción más profunda, que el fondo del arte debe estar en una estrechísima intimidad armónica con el fin de la sociedad»²⁴. Según Sarmiento, «el *socialismo*, perdónennos la palabra; el socialismo, es decir, la necesidad de hacer concurrir la ciencia, el arte y la política al único fin de mejorar la suerte de los pueblos, de favorecer las tendencias liberales, de combatir las preocupaciones retrógradas, de rehabilitar al pueblo, al mulato y a todos los que sufren» (I, p. 310).

10. Con la excepción de Larra, la inteligencia española no les servía en su proyecto generacional de emancipación literaria y cultural. Para Echeverría, Alberdi y Sarmiento, la nueva fuente de ideas progresivas era, en primera instancia, Francia (y, en escala menor, Inglaterra). Luego, Alberdi y Sarmiento añadirían como modelos las obras creativas de Estados Unidos.

Estos diez puntos constituyen la base filosófica para el quehacer literario de los principales integrantes de la Generación de 1837. Si se trata de trazar el camino de diseminación de estas ideas, fue Echeverría quien cumplió el papel del maestro y mentor de los jóvenes que se encontraban en Buenos Aires durante los años de 1830. Sólo a fines de esa década, las nuevas influencias se hacían sentir en la lejana provincia de San Juan. Sarmiento fue, pues, un discípulo tardío. Si se quiere identificar las páginas que contienen las más precisas y detalladas exposiciones de estos puntos, el lector aplicado encontrará que entre las mejores están las que Sarmiento escribió entre 1841 y 1842 —durante las famosas polémicas sobre el lenguaje y el romanticismo (respectivamente, I, pp. 212-252 y 288-329).

A pesar de que hubo una fuerte comunidad de creencias entre Sarmiento y los demás integrantes de su generación, también existieron puntos de desacuerdo o de contraste. Un tema de disputa en el campo

²⁴ Alberdi, *Obras*, I, p. 303 (artículo firmado por Figarillo en *La moda*).

literario fue el del tipo de escritura que serviría mejor para el proyecto civilizador por el que abogaban.

El hecho de que Sarmiento eligiera a Alberdi en lugar de Echeverría como su futuro mentor en su primera tentativa de probarse como escritor, indica que ya tenía un cierto criterio acerca del tipo de literatura «nacional» que serviría mejor en la importante misión generacional de modernizar las instituciones del país. El hecho de que él hubiera escrito en verso no fue suficiente razón para dirigirse a Echeverría, quien, en ese momento, era reconocido unánimemente como el primer poeta entre la juventud con un criterio moderno. No es difícil deducir por qué Sarmiento en ningún momento hubiera leído con predilección cierta poesía lírica romántica como la de Echeverría. Los versos echeverrianos para desahogar el corazón, que se encontraban en *Elvira* (1832), no hablaban de su optimismo nato. Los agrídulces tonos a lo Chateaubriand en *Consuelos* (1835), que sirvieron a Echeverría como «alivio en días de amargura»²⁵, con toda probabilidad decían poco al joven sanjuanino, quien encontraba la aventura civilizadora más en los conflictos sociales que en las «sublimes e inagotables armonías» de la lira romántica. Ese luchador eximio no se sintió nunca miembro del campo especializado de lectores, según la dedicatoria de Echeverría a esta última colección de versos: «No vea mis escritos quien no es triste, / O quien no ha estado triste en tiempo alguno»²⁶. No, una gran parte de la obra lírica de Echeverría no había causado impacto favorable al joven sanjuanino, quien desde muy temprano ambicionaba llevar las charreteras de general y pelear sable en mano contra caudillos bárbaros de la sociedad rural.

Parecería que el juicio negativo que Sarmiento se formó en relación con la producción lírica de Echeverría de los primeros tiempos no fue completamente modificado a la luz de la poesía narrativa como *La cautiva* (1837) y los poemas de tema patriótico que salieron a la luz más tarde. Las palabras de Sarmiento en *Viajes por Europa, Africa y América* (1845-1847) (1849) parecen contradecir esta afirmación, pues alaba a la fuerza lírica de *El ángel caído* (1844, 1846), que capta majestuosamente la esencia de la vida pampeana (V, p. 56). También expresa con orgullo que su *Facundo*, en prosa, junto con los versos de Echeverría, constituía, hasta esa fecha, la expresión que mejor serviría para guiar las labores futuras de sus compatriotas en la tarea generacional de crear una literatura verdaderamente nacional. Escribe:

²⁵ Echeverría, *Obras*, p. 717 (introducción a *Los consuelos*, 1834).

²⁶ Echeverría, *Obras*, p. 715, quien cita la traducción de Ausias March.

Echeverría describiendo las escenas de la pampa, Maldonado imitando el llano lenguaje, lleno de imágenes campestres del cantor, ¡qué diablos! por qué no he de decirlo, yo, intentando describir en Quiroga la vida, los instintos del pastor argentino, y Rugendas, pintando con verdad las costumbres americanas; he aquí los comienzos de aquella literatura fantástica, homérica, de la vida bárbara del gaucho, que como aquellos antiguos hicsos en el Egipto, hase apoderado del gobierno de un pueblo culto, y paseado sus caballos y hecho sus yerras, sus festines y sus laceaduras en las plazas de las ciudades (V, p. 51).

Sarmiento anticipa un siglo y medio de crítica al alabar la obra poética de Echeverría como un digno ejemplo de la nueva literatura «romancista» y nacional.

Pero las palabras que siguen contradicen en gran medida esta perspectiva favorable. Dice del poeta: «A falta de sentimientos morales para engalanar su patria, tan humillada y tan cubierta de lodo, Echeverría canta las grandezas naturales» (V, p. 55). Sarmiento, escritor apurado, probablemente no quería censurar al poeta por la «falta de sentimientos morales». Más probable es la denuncia del contorno sociopolítico descrito en aquellos versos. También existe la sugerencia de que aquella poesía romántica, que captaba tan bien el estado de barbarie que afligía el país en ese momento, no escapaba del todo de esa misma condena. Con esta opinión es posible que Sarmiento hubiera hecho una distinción entre una poesía más bien racional y conceptual y otra —como la romántica— que era la expresión desbordada de los sentimientos y la imaginación. De acuerdo con ciertos pensadores utilitarios de la época (un buen ejemplo es Macaulay), Sarmiento habría creído que este tipo de poesía pertenecía a un estadio inferior en el desarrollo de la sociedad²⁷.

No es necesario repetir ahora lo que expliqué en detalle anteriormente²⁸ acerca del complejo sistema estético-moral que parecía influir a Sarmiento cuando escribe la mayor parte de las páginas del *Facundo*. Esquemáticamente, es probable que Sarmiento haya distinguido entre una creación poética estimable, que estimulaba la razón, y otra inferior, que meramente se recreaba en el nivel de la imaginación y las pasiones. Se entiende, pues, por qué él estimaba poco —o en forma sumamente ambigua— a las «musas argentinas», incluyendo a Echeverría, que interpretaban tan eficazmente la vida bárbara del interior precisamente porque

²⁷ Véase M. H. Abrams, *The Mirror and the Lamp: Romantic Theory and the Critical Tradition* (London and New York: Oxford University Press, 1977), p. 306.

²⁸ William H. Katra, «El *Facundo*: contexto histórico y estética derivada», en *Cuadernos Americanos*, 236, núm. 3 (1981), pp. 151-176. Este artículo, en forma expandida y traducida, constituye el capítulo 4 de *Sarmiento: Public Writer*, pp. 72-104.

ellos mismos participaban de ella. Echeverría, en Montevideo, era uno de tantos, «en medio de este caos de intereses, respirando la atmósfera cargada de humo y encerrados en un horizonte que a cada punto tiene aparejadas tormentas que de una hora a otra pueden descargar sobre sus cabezas...» (V, p. 49). Echeverría y otras figuras de la raza blanca eran «inteligencias caídas como aquellos nobles de otro tiempo descendidos a la plebe, con organizaciones e instintos desenvueltos; mentes elevadas y ociosas, que se remueven y agitan en su nada, revelando su elevada condición por entre los harapos que las cubren» (V, p. 49). Echeverría, en esta extraña opinión de Sarmiento, se asemejaba al español en América y al gaucho argentino. El, como ellos, había dejado que la vida de la razón se contaminara por la de los instintos y la emoción. Según Sarmiento, Echeverría

es el poeta de la desesperación, del grito de la inteligencia pisoteada por los caballos de la pampa, el gemido del que a pie y solo, se encuentra rodeado de ganados alzados que rugen y cavan la tierra en torno suyo, enseñándole sus aguzados cuerpos. ¡Pobre Echeverría! (V, p. 54).

Una alabanza, es seguro; pero es difícil entender cómo algunos críticos, entre ellos Alberto Palcos, han interpretado estas palabras de Sarmiento como un elogio categórico a la obra poética de Echeverría²⁹.

Cabe mencionar aquí que los elogios de Sarmiento para la obra poética de José Mármol tenían un doble filo semejante. Entre tantas aseveraciones favorables y largas estrofas citadas, Sarmiento declara: «Las zonas templadas, la pampa y el trópico, la república antigua y el despotismo moderno, los mares procelosos y sus muertos amores, todo pasa por aquel panorama, todo se refleja en aquel espejo, donde lo pasado y lo venidero vienen a confundirse en el vacío que el presente deja. Mármol es poeta, y es lástima que cante lo incantable, la descomposición, el marasmo» (V, p. 75). Los versos de Mármol eran para Sarmiento unos «tesoros de moral, de justicia, de valor», pero todo esto valía poco para una sociedad en la cual la justicia estaba calumniada y la gente vivía bajo una desesperada opresión (V, p. 77).

Volviendo a Echeverría, hay muchas razones para creer que Sarmiento tuvo en poca estima la obra narrativa y conceptual de aquél. Ya se ha mencionado que Sarmiento, con toda probabilidad, no llegó a leer el texto de los dos discursos provocativos que Echeverría pronunció ante el Salón Literario en los últimos meses de 1837, sino hasta mucho después.

²⁹ Alberto Palcos, *Sarmiento: la vida, la obra, las ideas, el genio* (Buenos Aires: Emecé, 1962), pp. 83-84.

Cabe mencionar también que Sarmiento no pudo haber conocido *El matadero*, el elocuente cuento costumbrista contra la tiranía rosista —pues fue publicado por primera vez en 1871—, que la crítica unánimemente reconoce como una de las obras máximas del período y quizás de todo ese ciclo de literatura hispanoamericana.

Tampoco pudo haber estimado tanto el *Dogma socialista*³⁰. Con ocasión de su corta estadía en Montevideo y sus breves visitas a Echeverría a fines de 1845 —cuando ya había puesto rumbo a Europa y Norteamérica—, hace mención de Echeverría en una carta a Vicente F. López (que luego fue publicada como parte de *Viajes*). Describe al poeta como «Alma elevadísima por la contemplación de la naturaleza y la refracción de lo bello, libre además de todas aquellas terrenas ataduras que ligan los hombres a los hechos actuales, y que suelen ser de ordinario el camino del engrandecimiento, Echeverría no es ni soldado ni periodista...» (V, p. 54). Menciona que Echeverría estaba elaborando su nueva versión del *Dogma socialista*: «El poeta vive, empero, aun al través de estas serias lucubraciones.» Ya se ha dicho que sólo una vez más en su vasta obra escrita, Sarmiento se referirá al *Dogma*, y sólo al pasar. Es de suponer que Sarmiento menospreciaba esa labor conceptual —un producto de las «serias lucubraciones» de Echeverría—. Su juicio negativo no nos debería sorprender, dada una similar reacción por parte de pensadores estimables como Martín García Merou, Paul Groussac, José Ingenieros, Leopoldo Lugones y Tulio Halperín Donghi³¹.

³⁰ En William H. Katra, «Echeverría según Sarmiento: la personificación de una nación ultrajada por la barbarie», en *Cuadernos Americanos*, 155, núm. 4 (1984), pp. 164-185, muchos de los argumentos presentados aquí en los dos párrafos siguientes están tratados en mayor detalle.

³¹ Entre los críticos que han llamado la atención sobre la ambigüedad conceptual de pensamiento político de Echeverría son: Martín García Merou, *Ensayo sobre Echeverría* (Buenos Aires: W. M. Jackson, 1944), pp. 129-130 (1.ª ed. 1895); José Ingenieros, «La filosofía social de Echeverría y la leyenda de la "Asociación de Mayo"», en *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias*, 4 (1914), pp. 239-240, 244; Paul Groussac, «Esteban Echeverría: la Asociación de Mayo y el *Dogma socialista*», en *Crítica literaria* (Buenos Aires: Jesús Menéndez, 1924); Leopoldo Lugones, *Historia de Sarmiento* (Buenos Aires: Babel, 1931), p. 98, y Tulio Halperín Donghi, *El pensamiento de Echeverría* (Buenos Aires: Sudamericana, 1951). Lugones, por ejemplo, juzga a Echeverría como «autor ineficaz, cuyos escritos a veces no contienen una idea precisa». Ofensiva era su «retórica vocativa» y «aquella evangelización fuertemente afectada a la pedantería universitaria» (p. 98). Groussac, de manera similar, opina que «el estilo político de Echeverría carece de fijeza y exactitud, como su pensamiento de energía» (p. 307). «Se pretende conmovernos cuando era menester convencernos» (p. 318). Una evaluación diferente —disidente— es la de Alfredo A. Roggiano, en «Echeverría y el romanticismo europeo», en *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas* (University of Toronto, 1981), pp. 621-631.

Parece que las ambiguas reacciones de Sarmiento hacia la poesía se repetían cuando se trataba de la narrativa de imaginación. Se sabe de la gran estima que siempre sintió por las novelas de Hugo, Cooper, Dumas y Balzac. Sin embargo, abundan anécdotas acerca de su poca inclinación hacia la prosa creativa: por ejemplo, como Director de Instrucción Pública, tuvieron que convencerlo para que se incluyeran novelas en las bibliotecas públicas recién establecidas, o cuando dijo, con orgullo, unos años antes de su muerte, que no había caído ante la tentación de intentar escribir una novela en toda su vida³². Es muy probable que sus opiniones acerca de las novelas, como sus opiniones acerca de tantas otras cosas, se entremezclaran con el estado de su aprecio para quien las escribiera. Había guardado un silencio elogioso por la gran novela de su generación, *Amalia* (1851), pero al avanzar los años profundizó el desdén por su incompetente y presuntuoso autor, José Mármol³³.

No cabe duda de que el vaivén entre alabanza y menosprecio respecto de las obras poéticas y novelísticas se debía a una profunda contradicción en las ideas de Sarmiento acerca del valor de la literatura —y, por extensión, los literatos— para la sociedad. Por una parte, desde joven compartía con todos los otros miembros de su generación la opinión elitista acerca del valor estimable de la producción literaria para cualquier sociedad. Durante sus primeros años de exilio en Chile (antes de 1845) aprendió de las teorías asociadas con «la filosofía de la historia» a través de lecturas de Chateaubriand, Cousin y Guizot, y en discusiones con Lastarria, Bello y V. F. López³⁴. Según este cuerpo de ideas, la existencia de una fuerte tradición literaria era indicación segura de que una sociedad pertenecía a las más altas esferas de la vida civilizada. De acuerdo con esta afirmación, él escribió en 1856: «Caramelos y novelas andan juntos en el mundo, y la civilización de los pueblos se mide por el azúcar que consume y las novelas que leen» (XLVI, p. 150).

Por otra parte, Sarmiento llegó a dudar del valor en sí de las obras literarias para la sociedad democrática. Es probable que sus lecturas de Tocqueville sean la fuente principal de este nuevo enfoque, que nunca

³² Véase C. O. Bunge, *Sarmiento: estudio biográfico y crítico* (Madrid: Espasa-Calpe, 1920), p. 172. En varios pasajes de Sarmiento, sin embargo, se encuentran juicios favorables acerca del valor de la prosa ficcional: XXVII, p. 310, y XLVI, p. 150.

³³ Alberto Blasi Brambilla, *José Mármol y la sombra de Rosas* (Buenos Aires: Pleamar, 1970), pp. 70, 74.

³⁴ Para una discusión acerca de la «filosofía de la historia», véase Bernardo Subercaseaux, *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX. Lastarria: ideología y literatura* (Santiago: Editorial Aconcagua, 1981), y Katra, *Sarmiento: Public Writer*, cap. 7.

llegó a desplazar por completo, en el pensamiento sarmientino, esa interpretación inefectiva de la literatura. De acuerdo con Tocqueville, Sarmiento habrá pensado que, a medida que una sociedad asimilara las normas democráticas, lo menos poético sería la producción cultural y la vida literaria en general³⁵. A veces abrazaba la ambigua condena de Tocqueville para las costumbres aristocráticas, que hacían posible la existencia de las bellas artes en una sociedad. Según Tocqueville, «ocurre frecuentemente que, en las edades del privilegio, la práctica de casi todas las artes llega a ser un privilegio...»³⁶. En otro pasaje, Tocqueville llama la atención sobre la ausencia evidente tanto de «literatos» como de clase noble en la sociedad radicalmente igualitaria de Estados Unidos³⁷. Es de creer que estas observaciones del sagaz viajero francés hayan influido en el desdén que Sarmiento a veces sentía hacia la producción literaria en general y su ambigua condena hacia un pensador eminentemente literario como Echeverría.

Esta actitud anti-poética y anti-literaria de Sarmiento era la excepción, no la norma, de su generación. No es necesario buscar en los abundantes textos de Echeverría un contra-argumento. Gutiérrez, pese a ser tan poco poético en su propia labor intelectual, clasificaba la poesía entre los más exquisitos frutos de la inteligencia humana: «la misión del verdadero poeta es tan sagrada como la del sacerdocio. ... la poesía es una necesidad de los pueblos adelantados y viejos...»³⁸. Y Mitre, quien, en busca de hazañas, alternaba entre el foro público y el escritorio privado, también se enorgullecía por ser no sólo poeta (en palabras de Sarmiento, «poeta por vocación»), sino filósofo de la teoría poética³⁹. En su larga «Carta-Prefacio» a *Rimas*, irónicamente dedicada a Sarmiento, llama la atención sobre la injusta y equivocada opinión de éste, quien había escrito que los poetas eran «sacerdotes entre los hombres incapaces de acción», productores de un «molólogo sublime à veces, estéril siempre»⁴⁰.

Cuando se trataba de la literatura que mejor serviría a la sociedad, las ideas de Sarmiento eran claras y a veces severas. Encontró en los

³⁵ Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, ed. de P. S. Bradley (New York: Random House, Vintage, 1945), vol. II, pp. 78-81, describe en términos favorables el contorno «anti-poético» de los Estados Unidos que él consideraba característico de la sociedad democrática.

³⁶ Tocqueville, *Democracy*, II, p. 48.

³⁷ Tocqueville, *Democracy*, I, p. 278.

³⁸ Gutiérrez, «Fisonomía», p. 17.

³⁹ Bartolomé Mitre, *Rimas con un retrato del aguafuerte* (Buenos Aires: Félix Lajouane, 1891). Esta obra reproduce la larga «Carta-Prefacio» de la primera edición de 1854, que contiene largos pasajes acerca de la teoría poética.

⁴⁰ Mitre, *Rimas*, p. xxii.

escritos de las «musas argentinas» una expresión admirable acerca de la lucha contra las influencias bárbaras de su país, pero que sólo podía «brillar momentáneamente» (VII, p. 34) y no iba a servir al grandioso proyecto de construir la «civilización», tal como él anhelaba. No estaba de acuerdo con la opinión de Gutiérrez acerca de la «sagrada» misión de la literatura, de la cual el mejor ejemplo eran los versos de Byron y Lamartine, que podían guiar «los impulsos del instinto», sin dirigirse a los «consejos de la razón»⁴¹. Pero Sarmiento entendía que esa corta visión se explicaba, en parte, por la «impulsión... puramente literaria» (VII, p. 218) de los integrantes del Salón Literario, quienes en 1837 todavía no se habían arriesgado a admitir las ramificaciones, incluso revolucionarias, de su proyecto original. De toda la obra primera de su generación, las ideas de Alberdi le habían satisfecho más como recetario para una literatura cargada del futuro. Alberdi, en palabras similares a las de Sarmiento en la famosa polémica sobre el romanticismo (I, pp. 230, 249 y 310), reclama una literatura que atienda «al fondo más que a la forma del pensamiento, a la idea más que al estilo, a la belleza útil más que a la belleza en sí»⁴². En el nivel de la persuasión —y no de la práctica—, Sarmiento y Alberdi se acercaban por su compartido ideal prosaico, utilitario y funcional del quehacer literario.

Sarmiento estaba convencido de que la labor intelectual de escribir para la prensa constituía quizás la mejor formación posible para un futuro líder nacional, especialmente dada la situación del país ultrajado por la tiranía. En el *Facundo* llama la atención acerca de los «literatos distinguidos» de su generación:

Si un día los poderes intelectuales han de tener parte en la dirección de los negocios de la República Argentina, muchos y muy completos instrumentos hallará en esta escogida pléyade largamente preparada por el talento, el estudio, los viajes, la desgracia, y el espectáculo de los errores y desaciertos que han presenciado o cometido ellos mismos (VII, p. 219).

De hecho, él, siempre vanidoso, se contaba a sí mismo entre los primeros de esa generación de publicistas exiliados. Tres años antes de la caída del dictador estaba ya promoviendo, por medio de la prensa, una imagen de sí como una de las personas más indicadas para guiar el país hacia una nueva era de gobierno constitucional (VI, pp. 227-231). Sus calificaciones:

⁴¹ Gutiérrez, «Fisonomía», p. 17.

⁴² Palabras de Alberdi citadas por Félix Weinberg, «La época de Rosas y el romanticismo», fascículo núm. 9, *Capítulo* (1967), p. 174.

una lista impresionante de libros escritos, cientos de artículos publicados en los periódicos, un sinnúmero de folletos y más de una década de experiencia como publicista.

Hasta ahora hemos considerado los juicios más bien conceptuales de Sarmiento, sin tomar en cuenta su práctica literaria. Al entrar en este nuevo tema, tropezamos con un problema léxico-conceptual, al considerar una obra como el *Facundo*, que es un profético ejemplo de las palabras que él escribió en su segunda carta a Alberdi: la obra manifiesta el «libertinaje literario» que sentía en sí. En esta obra singular, el lector encuentra una mezcla de discursos imaginativos o creativos, históricos, sociológicos y ensayísticos. Sin embargo, para un gran número de lectores informados, ¿cómo clasificar el *Facundo* sino como un texto «literario», entre otras cosas? Este no es el lugar para entrar en una discusión acerca de si esta gran obra es más «poema, panfleto, historia», o ensayo o novela. Pero sí debemos considerar esta obra y otros escritos sarmientinos en relación a la producción y las opiniones de los cogeneracionales del autor.

Primero, Sarmiento como historiador. No cabe duda de que la de 1837 fue una generación de historiadores: están las importantísimas obras históricas de V. F. López y Alberdi, además de las sólidas biografías históricas que Mitre escribió sobre San Martín y Belgrano. También podríamos incluir aquí las contribuciones de historia cultural de Gutiérrez. Pero los trabajos de Sarmiento —principalmente el *Facundo*, y también *Aldao* y «*El Chacho*»— ocupan un lugar discutido en esta lista de obras históricas. Por una parte, factores políticos y de difusión son la causa de que un amplio sector de lectores —de hoy y de entonces— hayan aceptado la palabra escrita de Sarmiento como expresión de la verdad apasionada. Por otra, muchos lectores, y entre ellos algunos de los más capacitados para opinar con criterio histórico, han condenado ese aporte por las distorsiones que resultan de la sobredeterminación ideológica en la perspectiva del sanjuanino.

Acerca del contenido histórico, casi todos los de su generación alabaron el *Facundo* en sus opiniones impresas, pero lo condenaron en sus observaciones confidenciales. Para Gutiérrez, el *Facundo* «hará mal efecto en la República» y «todo hombre sensato verá en él una caricatura». Echeverría, en la *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37* (1846), alaba en general los escritos de Sarmiento, pero escribe que el aspecto biográfico e histórico le parece «poco dogmático» —quiere decir, que carecía de un sistema riguroso—. Cuatro años más tarde, en una carta disconforme a Alberdi, ampliaría esta apreciación negativa: en la obra se destacaban las «lucubraciones fantásti-

cas, descripciones y raudal de cháchara infecunda». Alberdi, mientras tanto, reconocía «el infinito talento» del autor y lo «mucho de verdadero» en sus apreciaciones; pero criticaba severamente las falsificaciones del libro, que era símbolo de la «barbarie letrada»⁴³. Según Carlos Tejedor, el libro era poco más que un «libelo político», y en la opinión de V. F. López, era una especie de «historia beduina»⁴⁴. Sólo en la estimación de Mitre —co-protagonista de Sarmiento en el proyecto histórico de subordinar las provincias a la autoridad de Buenos Aires, y también revisionista historiográfico, con el objetivo de borrar de la memoria colectiva nacional cualquier influencia positiva de los caudillos en el interior—, la obra de Sarmiento habría causado un impacto favorable.

Segundo, Sarmiento como periodista. Pocos negarán el lugar de Sarmiento como el primero entre una generación de «publicistas», «propagandistas» y «escritores públicos». Pero estos términos, que hace un siglo y medio Sarmiento aceptaba con orgullo con referencia a su propio quehacer intelectual, hoy nos suenan sospechosos. El lector contemporáneo necesita un acto de fe para creer en la sinceridad de las primeras palabras que Sarmiento escribió para un órgano de la prensa —palabras que representan fielmente la importancia que siempre, a través de una larga carrera pública, confería a la actividad periodística—: «un periódico es, pues, todo: el gobierno, la administración, el pueblo, el comercio, la junta, el bloqueo, la Patria, la ciencia, la Europa, el Asia, el mundo entero, todo» (LII, p. 14). Tanto sus hagiógrafos como sus detractores pueden afirmar, en términos similares, que todo lo que escribió y pensó Sarmiento lleva la estampa del periodista.

En cuanto al sabor del periodismo en su obra, también se encuentran entre los escritores de su generación sus más severos críticos. Echeverría, durante los breves días que pasó con Sarmiento en Montevideo a fines de 1845, habría comunicado su creciente desilusión respecto de aquellos individuos (¡como Sarmiento!) que pasaban el tiempo atacando a Rosas por medio de la prensa política. Caracterizaba esos ataques ideológicos como «virulentas filípicas», un «charlatanismo supino... que sólo merece chufra o menosprecio»⁴⁵. Sarmiento, por su parte, correspondería con su ambigua condenación: «Echeverría no es ni soldado ni periodista...»

⁴³ Antonio Pages Larraya, «La "recepción" de un texto sarmientino: *Facundo*», en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, 49, núms. 193-194 (1984), pp. 233-285, quien provee la documentación para todas estas citas.

⁴⁴ Pedro de Paoli, *Sarmiento: su gravitación en el desarrollo nacional* (Buenos Aires: Theoria, 1964), p. 87.

⁴⁵ Echeverría, *Dogma socialista*, pp. 348-349, de una carta escrita al general Melchor Pacheco y Obes.

(V, p. 54). Pocos años después, en el famoso intercambio de las cartas entre Alberdi y Sarmiento, que se han reunido bajo los respectivos títulos de *Las cartas quillotanas* (1853) y *Las ciento y una* (1853), éste declara, en palabras preñadas de mala fe: «No soy periodista» (XV, p. 207). Fue un intento de defenderse ante la acusación alberdiana de que el pensamiento de un hombre de Estado necesariamente sufre un proceso de deformación si es modelado durante largo tiempo, según las exigencias de la prensa periodística. Acerca de esta disputa, la opinión de la posteridad apoya la posición de Alberdi, si seguimos los juicios de algunos de los más destacados biógrafos de Sarmiento: Lugones, Bunge, R. Rojas, Martínez Estrada, Anderson Imbert.

Y, finalmente, Sarmiento como escritor literario. No cabe duda de que las exigencias políticas y las pequeñas rivalidades del momento influyeron en la estimación negativa de los otros escritores de su generación acerca del *Facundo*. Típica, quizás, fue la reacción de Florencio Varela, destacado editor de *El Comercio del Plata*, en Montevideo. Quizás con motivo de la convicción unitaria de Varela, los críticos pocas veces lo agrupan con los otros escritores de la Generación del 37. Durante la estadía de Sarmiento en Montevideo, Varela sólo empezó a estimar la obra al oír los fuertes elogios de un almirante francés y de otros miembros de la comunidad extranjera que residían allí. Pero ése no fue el caso de Echeverría, quien, en su *Ojeada*, dejó para la posteridad un juicio sobre esa gran obra, que es digna del prestigio de que goza como mentor y líder de su destacada generación. Critica la presentación del material histórico, pero no yerra en captar el enorme valor literario de los escritos del sanjuanino. Llama la atención especialmente sobre el «método de exposición dramático» y el «estilo animado, pintoresco, lleno de vigor, fresca y novedad». Concluye: «Hay, en suma, en esa obra y la sobre Aldao, mucha observación y bellísimos cuadros diseñados con las tintas de la inspiración poética»⁴⁶.

Una opinión de diferente índole provino de Alberdi. Sin entender completamente el significado profundo de sus propias palabras, observó que el libro de Sarmiento traicionó los objetivos que el mismo autor había perseguido: «En lugar de escribir el *Facundo*, como pretende, ha escrito el *Faustino*, como el libro lo demuestra...»⁴⁷. Fue el mismo Sarmiento quien hizo notar cómo ese fallo inicial se convirtió en mérito literario. El libro, escribe en la introducción de la edición de 1851, fue «ensayo y revelación para mí mismo de mis ideas...» (VII, p. 15). A pesar

⁴⁶ Echeverría, *Obras*, p. 82.

⁴⁷ Pages Larraya, «La "recepción"», p. 252.

de que la obra no fue bien recibida por los jóvenes intelectuales de su generación, no faltaron «lectores apasionados», quienes desde el principio la leyeron en los caminos del interior, en los campamentos militares y en las cabañas rurales. Había una cierta magia acerca de esa obra, que la elevaba por encima de los propósitos humanos, incluso los del mismo autor. Ese «pobre librejo» se difundió rápidamente a tal grado entre el pueblo, «hasta hacerse él mismo, en las hablillas populares, un mito como su héroe» (VII, p. 15).

Hay quienes afirman que Sarmiento, a pesar de su desdén por la poesía, escribía en el lenguaje más poético de toda su generación. También hay novelistas que se esfuerzan en imitar el estilo inimitable de ese escritor anti-novelistas. Dicho de otra manera, el *Facundo* es el mejor ejemplo posible de la ya vencida, pero antes muy discutida, opinión de Luis Alberto Sánchez, de que Hispanoamérica era un continente de novelas sin novelistas. La contradictoria presencia de Sarmiento, entonces y hoy, seguirá desafiando toda clasificación. Sarmiento, como Halperín Donghi concisamente lo definió, fue un «romántico *avant la lettre*»⁴⁸. El carácter impulsivo y espontáneo que se reflejaba en su estilo de escritor no necesitaba de las teorías o de los modelos para fundirse con la conciencia romántica menos impura y deformada de toda una generación de escritores románticos. Sus escritos han sido continuo objeto de polémicas, si no de disputas. Pero después de bajar los puños y calmarse las voces, los lectores de Sarmiento siempre terminan por afirmar la extraña belleza y la inexplicable atracción de esa obra apasionante.

⁴⁸ Tulio Halperín Donghi, «Prólogo» a Domingo F. Sarmiento, *Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud América* (México y Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1958), p. xiv.